

◆ 8

Hispanismo e hispanoamericanismo en Italia

Giuseppe Bellini
Universidad de Milán

El florecimiento actual del hispanismo e hispanoamericanismo italianos es el resultado de un largo proceso que comienza después de la segunda guerra mundial. A pesar de la larga historia de la presencia española en buena parte de Italia, a partir de la época medieval hasta final del siglo XVII, y por consiguiente de su cultura, y de los estudios de Benedetto Croce, de Arturo Farinelli y de los exegetas del Quijote, como Cesare De Lollis, los entusiastas de Unamuno, como Giovanni Papini, de comienzos del siglo XX, en la Universidad italiana el hispanismo fue durante largo tiempo patrimonio de la filología romance, en ella tuvo su inicial presencia y en este ámbito sólo bien entrado el Novecientos pudo contar con estudiosos como Salvatore Battaglia, Aurelio Roncaglia, Alberto Várvaro y Cesare Segre.

Antes no es que la literatura española fuera desconocida; algunos de los filólogos romances italianos de finales del siglo XIX le dedicaron a veces atención, pero esta atención no pasó, como afirma Várvaro, de representar una curiosidad. Fuera del ámbito de la filología frutos importantes daría en el sector histórico-literario Benedetto Croce investigando la presencia e influencia de España en la Italia meridional. Un comparatista como Arturo Farinelli, en la primera mitad del siglo XX, dedicaría estudios fundamentales a las relaciones entre la literatura italiana y la española, a Dante en el mundo hispánico, al tema del Don Juan, y hasta al Romanticismo en el mundo latino, primer intento éste, aunque tímido, de acercamiento también a la cultura hispanoamericana.

Al rigor investigativo de Croce se añadía, así, el fundamental romanticismo de Farinelli, en la época fascista prestigioso catedrático de la Universidad de Turín -curiosamente no de hispanística sino de germanística-, y académico de la Academia de Italia. Tampoco hay que olvidar el papel que desarrolló en la cultura italiana hacia final del siglo XIX el Cuarto Centenario del Descubrimiento, donde la figura de Colón volvió a ser rescatada a la italianidad y la imponente *Raccolta Colombiana* dio cabida a una serie de estudios y de documentos fundamentales, iniciativa que en cierta manera celebraba la consistencia del país, no hacía mucho unificado en el Reino de Italia. Cien años después, a partir de 1992, la *Nuova Raccolta Colombiana* daría ulteriores contribuciones de relieve al conocimiento de la empresa descubridora y de su protagonista, sino de la literatura hispánica e hispanoamericana, desde la crónica hasta la poesía y la narrativa de de tema colombino.

Aunque la primera enseñanza oficial de Lengua y literatura española en la Universidad italiana se inauguró en Venecia en el año académico 1938-39, sólo en 1942 pudo contar con un profesor ordinario, Giovanni María Bertini, discípulo de Farinelli, el cual durante más de una década sería el único catedrático de la disciplina, hasta la nueva oposición de 1956, de la que salió la terna formada por Guido Mancini, Franco Meregalli y Oreste Macrí.

Son éstas las raíces del hispanismo italiano, que poco a poco entró en todas las Facultades de Filosofía y Letras, de Magisterio, y de Lenguas y literaturas extranjeras que se fueron creando en el país. Siguieron más tarde otras oposiciones, antes con ritmo lento, acelerado en los últimos decenios del siglo XX y comienzos del presente, cuando ya empezaba a ser consistente el número de catedráticos, entre infinitas tentativas de llegar a

la suprema imparcialidad en los tribunales judicantes, tarea ímproba: ya había advertido Quevedo, en el Sueños de El Alguacil endemoniado, que, visto lo que pasaba en la tierra, Astrea se había subido para siempre al cielo.

Como quiera que sea, el hispanismo italiano fue fortaleciéndose progresivamente, desarrollándose sea en la dirección propiamente filológica, sea en la literaria e histórico-literaria, además de comparatista. En los años actuales el hispanismo italiano se ha extendido también a otros sectores, como ocurre con las nuevas disciplinas de Lengua e Instituciones de los Países Ibéricos.

No es el caso aquí de representar en sus varias ramificaciones el árbol genealógico de la familia hispanista italiana, que por decenios contó sólo con estudiosos nacionales, y a partir de los años 70 también con profesores extranjeros, empezando con los procedentes de países del Cono Sur de América, refugiados en Italia a consecuencia de trágicos acontecimientos políticos, activos inicialmente como lectores, y en años más recientes con estudiosos españoles, con idéntica función inicial. Algunos de ellos llegarían a ordinarios ya de literatura española, ya de hispanoamericana, o de Instituciones, enriqueciendo con sus aportes nuestro hispanismo. Es el caso, entre otros, de Carlos Romero, en Venecia, para la literatura española y de Rosalba Campra, en Roma, y Marta Canfield, en Florencia, para la literatura hispanoamericana.

La enseñanza inicial de la literatura española se fue extendiendo, hacia el final de los años 50, a la de la América hispana. La nueva disciplina, Literatura hispanoamericana, hizo su aparición oficial en el año académico 1959-60, y tuvo el privilegio de dictar el primer curso, desvinculado de la enseñanza de literatura española, en la Facultad de Lenguas y literaturas extranjeras de la Universidad Bocconi, de Milán (cf. Bellini).

En los años anteriores del siglo XX, dominados por el fascismo, el mundo americano había estado presente en la Italia oficial sobre todo como sujeto político, en cuanto sede de un gran número de nuestros emigrados, especialmente a los países del Río de la Plata. La cultura hispanoamericana, en este sentido, había interesado poco, y sólo algunos periodistas o agregados culturales en Latinoamérica se dedicaron esporádicamente a explorar la producción literaria local, realizando las primeras traducciones al italiano de algunas novelas de Manuel Gálvez, de Guiraldes, cuentos de Quiroga y poco más, amén del poema de Hernández, Martín Fierro, del cual en Italia se interesaría también la filóloga romance Jole Scudieri

Ruggeri, alumna de Monteverdi, activa en la Universidad de Roma y más tarde Giovanni Meo Zilio, catedrático de Literatura hispanoamericana en Florencia, estudioso también de Castellanos, de la épica ignaciana, de Vallejo y del lenguaje de los gestos. Es verdad que Marinetti y Pirandello dejaron una huella determinante en la producción literaria de comienzos del siglo XX, pero esto pareció no interesar mucho a los directores de la cultura fascista italiana.

En el ámbito universitario Bertini, además de estudios sobre San Juan de la Cruz, el teatro del Renacimiento y la poesía de García Lorca, de la que fue, con Carlo Bo, uno de los primeros difusores en Italia, desde sus primeros años de catedrático se había dedicado a algunas ampliaciones de literatura hispanoamericana y en 1946 había fundado la primera revista dedicada al conjunto del mundo ibérico, los *Quaderni Ibero-Americani*.

Por su parte, los tres nuevos catedráticos que se sumaron a Bertini representaban, en varia medida, quién más quién menos, una sensibilidad nueva y procuraron ampliar todavía hacia América el conocimiento de la literatura, mientras las áreas catalana y lusitana, permanecían en el ámbito de la filología romance, y en esta área quedarían durante muchas décadas todavía, hasta que por el portugués tomara posesión de la primera cátedra de lengua y literatura Giuseppe Carlo Rossi, en la Universidad Oriental de Nápoles, y más tarde Luciana Stegagno Picchio, Giuseppe Tavani –quien luego volvió a la filología romance- y Giulia Lanciani le dieran respiro internacional; en cuanto al catalán pareció llegar a cierta autonomía con Giuseppe Grilli, en Nápoles, pero este catedrático pasó últimamente a literatura española en Pisa.

La formación dentro del ámbito filológico de varios hispanistas italianos dio frutos relevantes, no cabe duda, en el estudio y la edición de textos de la literatura medieval, prosa y poesía: valga como ejemplo la edición del Libro de buen amor, realizada por Giorgio Chiarini, discípulo de Contini, en Florencia, y años después por Marcella Ciceri, en Venecia. También se dedicó, entre sus muchos estudios, además de a las versiones romances de la Biblia, al libro del Arcipreste la gran filóloga Margherita Morreale, pasada de la Universidad Católica de Washington a la italiana de Bari y años después a la de Padua.

Al estudio del Romancero atendieron varios estudiosos, en particular Giuseppe Di Stefano, en Pisa, y a la poesía cancioneril Giovanni Caravaggi, discípulo de Segre, en Pavía, quien se ocupó también de petrarquismo y de la poesía épica. Son éstos sólo algunos nombres entre los

muchos, a los que hay que añadir el de Aldo Ruffinato, en Turín, expresión de la escuela lacmaniana, estudioso del Conde Lucanor y del Lazarillo, Mario Di Pinto, discípulo en Nápoles de Battaglia, estudioso de La razón de amor y de la poesía española contemporánea, Giovanni Battista De Cesare, en Palermo, y luego en Nápoles, Universidad Orientale, editor del Libro de Apolonio, estudioso, además, del teatro del Siglo de Oro, de la narrativa y la poesía contemporáneas, de Alberti a Asturias y Neruda.

Con frecuencia la edición de textos medievales constituyó para sus autores sólo el momento inicial de un hispanismo de más amplias y variadas dimensiones, o bien, en otros casos, representó una línea constante de su especialización. Con el tiempo, desde los inicios bertinianos, se fueron formando en las más prestigiosas Universidades del país centros especializados de hispanismo, dedicados: a la literatura medieval, en Turín y Roma; al teatro del Siglo de Oro, en Roma y más tarde en Florencia; al Setecientos en Bolonia y Nápoles; al Ochocientos en Génova: a la literatura medieval y del Siglo de Oro, a Cervantes y a todo el ámbito hispanoamericano en Venecia; a la poesía barroca en Palermo y L'Aquila.

Bertini no dejó más discípulos en Venecia que Bruna Cinti, estudiosa de Cervantes, pero cuando a comienzos de los años 50 regresó a Turín, ciudad de su residencia, contribuyó a formar algunos estudiosos de valía, entre ellos Césare Acutis, quien cultivó temas que van del Poema del Cid y el Romancero a la literatura contemporánea, a Borges, Puig y García Márquez, y más tarde Giuliano Soria, activo difusor de la cultura ibérica y americana. Ambos estudiosos se valieron de la enseñanza no solamente de Bertini, sino de otras escuelas, italianas y extranjeras: el hispanismo turinés se inclinó siempre hacia las experiencias de la crítica francesa y estuvo muy al día con sus nuevas corrientes. Ruffinato y Lore Terracini, especialista en varios sectores, de Valdés a Lorca, representarían cabalmente esta atención.

La escuela filológica, capitaneada por Cesare Segre, autor de estudios que van de la teoría literaria a autores como Cervantes y García Márquez, sería bien representada en Pavia por Caravaggi y sucesivamente por Giuseppe Mazzocchi, su discípulo. Al teatro del Siglo de Oro se dedicaría especialmente, en Verona, y luego en Florencia, Mariagrazia Profeti, y a Calderón, en Milán, Maria Teresa Cattaneo. Iniciador de esta atención a la producción dramática del período áureo había sido Guido Mancini en Roma, el cual, pasado a Pisa, se dedicaría también a la novela de caballería y al estudio de los místicos, entre ellos Santa Teresa. Continuaría su interés

hacia el teatro áureo un discípulo suyo, Carmelo Samonà, estudioso también de la *Celestina* y de Góngora.

En Florencia Macrì había dedicado su atención a la poesía de Fray Luis de León, a la obra de Herrera, a la poesía española contemporánea, partiendo de Darío y privilegiado a Lorca y a Machado, de quienes realizó estudios y traducciones y finalmente una edición crítica machadiana definitiva. Un discípulo suyo, Roberto Paoli, después de inicios propiamente hispanistas, se dedicó en Florencia a la literatura hispanoamericana, estudiando Borges, editando Vallejo e interesándose cada vez más por la producción poética peruana, línea seguida en Siena también por Antonio Melis, discípulo de Meo Zilio, especialista en la obra de Mariátegui. Más tarde Martha Canfield, después de una larga experiencia en Venecia, extendería, en Florencia, a otros países americanos su interés de hispanoamericanista.

Todo lo indicado se fue realizando con el tiempo, pero los focos centrales los representaron Macrì, Mancini y Meregalli. Este último fue quien contribuyó más a la ampliación de los estudios hispánicos en Italia. Él había sido en sus orígenes profesor de literatura española en la Universidad del Estado y en la Universidad Bocconi, ambas de Milán; hubo un período en que enseñó literatura italiana en la Complutense de Madrid y luego dirigió Institutos Italianos de Cultura en Alemania. Su formación de italianista, discípulo de Sorrento, estudioso de Manzoni, le había vuelto paulatinamente hacia el hispanismo; la frecuentación de la filosofía alemana le llevó a interesarse por figuras de filósofos como Unamuno y Ortega y Gasset, la problemática de la Generación del 98, de escritores del siglo XIX, como Juan Valera, sin descuidar otros temas, cuales la figura del Canciller Ayala, el Romancero, los viajeros medievales, entre ellos Pero Tafur, y sobre todo la obra de Calderón, de Cervantes, y las relaciones culturales entre Italia y España. Fue él quien abrió decididamente el hispanismo italiano al mundo hispanoamericano, no solamente, sino al lusitano y brasileño y a la literatura comparada.

Ya en la Universidad Bocconi Meregalli había dedicado cursos de ampliación dedicados a la poesía de los iniciadores del Modernismo, privilegiando Silva, Gutiérrez Nájera y Casal; una vez catedrático en Venecia había continuado su tarea promocional ocupándose, además que de literatura española, del tema gauchesco, de la novela mexicana de la revolución, y en el ámbito portugués de Camoës. Iniciativas todas destinadas a desembocar en la institución de nuevas enseñanzas: en pocos

años Meregalli llegó a formar un Departamento de Iberística donde eran activas todas las disciplinas del sector, incluso Literatura catalana, Historia de las lenguas ibéricas, que desempeñó Giovanni Meo Zilio, llegado de Florencia, e Historia comparada de la literatura.

Yo me reuní con Meregalli, mi maestro en Milán, para activar en Venecia la cátedra de Literatura hispanoamericana. Los venecianos fueron años de intenso y provechoso trabajo y marcaron positivamente toda una serie de discípulos, los cuales, poco a poco, ya en el ámbito hispánico, ya en el de otras disciplinas iberistas, fueron ganando cátedras en las varias universidades del país, dando a su vez vida a nuevas escuelas, como lo hicieron: en Nápoles, Giovanni Battista De Cesare; en Venecia, Elide Pittarello y Susanna Regazzoni; en Udine, Silvana Serafin. A estos nombres hay que añadir los de otros estudiosos que se formaron durante mis primeros años milaneses: Gabriele Morelli, en Bérgamo, especialista en la poesía de Vanguardia y del siglo XX; Pierluigi Crovetto, en Génova, estudioso de las crónicas y la narrativa hispanoamericana contemporánea; Aldo Albònico, en Milán, dedicado al estudio del Inca, de los reflejos en la literatura italiana del Descubrimiento y a la narrativa del siglo XX. Albònico fue al final mi sucesor en la Universidad de Milán, adonde me había trasladado hacia la mitad de los años 80. A su improvisa desaparición le sucedió otra discípula nuestra, Emilia Perassi, estudiosa dedicada en particular a la narrativa contemporánea.

Otros centros de estudio hispanoamericanos se fueron abriendo, naturalmente, en las Universidades italianas: en Roma “La Sapienza”, el de Dario Puccini, luego de su sucesora, Rosalba Campra, y en Roma 3 el de Vanni Blengino; en la Universidad Orientale de Nápoles los que corresponden a las cátedras de Vito Galeota y de Teresa Cirillo; en Salerno los de Antonio Scocozza, especializado en estudios histórico-filosófico-literarios, y de Rosa María Grillo, la cual se dedica, en particular a la literatura ríoplatense; en fin el de Mario Sartor, en Udine, que se dedica a la historia del arte latinoamericano.

Para el desarrollo de las disciplinas iberistas ha sido provechosa mi larga presidencia del Comité Humanístico en el Consiglio Nazionale delle Ricerche (C.N.R.), que permitió el progreso de la investigación, no solamente en los sectores más varios de las otras culturas extranjeras, sino en el del mundo ibérico y americano, con una intensa actividad, incluso editorial, en la que colaboraron activamente estudiosos italianos y de otros países. De los numerosos volúmenes de la colección “Letterature e Culture

dell'America Latina”, una tercera parte es obra de autores extranjeros, en particular españoles. De algo sirvió también la fundación de dos revistas: los *Studi di Letteratura Ispano-Americana* y la *Rassegna Iberistica*, dirigidas la primera por mí, y la segunda por Meregalli. A ellas se añadiría más tarde la revista *Letterature d'America*, fundada en Roma, cuya sección hispanoamericana cuidaba Dario Puccini, el primero, con Mario Sócrate, en difundir en Italia a Neruda y a Nicolás Guillén.

Una de las grandes empresas que desde el Consiglio citado promocionamos fue la edición de las obras de Miguel Ángel Asturias, pronto desembocada en el proyecto de la “Colección Archivos”, empresa de relieve internacional, que sigue dirigiendo, Amos Segala, en el ámbito del Centre National de la Recherche Scientifique francés. La iniciativa vio más tarde la participación también del Consejo Superior de Investigaciones Científicas español, y poco a poco de todos los Centros científicos del mundo ibérico e iberoamericano, obteniendo también el patrocinio de la UNESCO.

La perspectiva transatlántica de los estudios hispanistas italianos queda clara y con el tiempo ha ido ampliando continuamente sus perspectivas, que incluyen el estudio no sólo de la literatura, sino del arte y también del aporte de la cultura y la migración italiana, capítulo especialmente desarrollado en la Universidad de Udine, por Silvana Serafin, estudiosa asimismo de la crónica de Indias y de la narrativa hispanoamericana del siglo XX.

Actualmente los centros más relevantes dedicados a la producción literaria iberoamericana se encuentran en las Universidades de Milán, de Venecia y Udine, de Turín, donde enseña Angelo Morino, de Génova, Roma, Nápoles y Salerno. Destacan ciertamente, por haber sido los primeros en ocuparse de literatura iberoamericana, los centros universitarios de Milán y Venecia.

En cuanto a mi trayectoria de trabajo, desde mi formación de hispanista a hispanoamericanista, queda evidenciada en los datos anteriores. Mis primeros estudios se dirigieron en particular a la literatura del Siglo de Oro, privilegiando al Quevedo moralista y satírico, la producción literaria de los siglos XIX y XX, y la poesía del mismo período, para pronto pasar a la literatura americana, un área casi desconocida en mis comienzos. En este ámbito dediqué primero mis estudios a la figura y la obra de Sor Juana Inés de la Cruz y al Inca Garcilaso, autores sobre los que he vuelto varias veces; más tarde estudié el teatro mexicano del siglo XX, la poesía de las Antillas,

y sucesivamente la crónica del descubrimiento y la conquista, la poesía de los “Contemporáneos”, luego poetas como Borges, Paz, Cardenal y sobre todo Neruda -de quien traduje al italiano casi toda la obra-, la narrativa, del realismo al “realismo mágico” a la “nueva novela”, y en particular Asturias, Fuentes, Vargas Llosa, García Márquez, Aridjis. También me investigué la presencia hispana e italiana en la formación de la literatura americana; son documento de ello los estudios sobre Quevedo en América y Quevedo en la poesía hispanoamericana del siglo XX, el estudio sobre el Teatro Áureo, la *Storia delle relazioni letterarie tra l’Italia e l’America di lingua spagnola*, el tomo dedicado a Colombo e la *Scoperta nella letteratura*, en la *Nuova Raccolta Colombiana*.

Útil para el progreso de los estudios transatlánticos ha sido también el proyecto de un *Centro per lo studio delle letterature e delle culture delle aree emergenti*, que fundamos en el C.N.R., cuya sección ibérica y latinoamericana en la Universidad de Milán estuvo a mi cargo, con la colaboración de las investigadoras Clara Camplani y Patrizia Spinato, los profesores Albònico y Perassi. Numerosas fueron las iniciativas y las publicaciones. Igualmente de provecho fue el proyecto del Quinto Centenario que coordiné per cuenta del C.N.R. y que vio una serie de congresos, cuyas Actas fueron publicadas en varios tomos, y que dio vida igualmente a una serie de publicaciones facsimilares de obras significativas editadas en Italia, relacionadas con Colón y el Descubrimiento, cuales el *Isolario* de Benedetto Bordone, las *Historie* de Colón, escritas por su hijo Hernando, textos de Oviedo, del padre Las Casas, las *Relaciones geográficas* de Giovanni Botero, las *Lettere americane* de Gian Rinaldo Carli, etc.

Los hispanoamericanistas más jóvenes han seguido enriqueciendo la investigación en el área transatlántica cada uno con peculiaridades propias, dando relieve a nuestros estudios, a cuya afirmación, hay que decirlo, contribuyó la presencia constante, en su tiempo, de personajes como Asturias, Vargas Llosa y Neruda, frecuentemente en nuestras aulas universitarias.

El desarrollo de los estudios hispanoamericanos nos llevó a contactos numerosos con estudiosos y centros de investigación científica de varia nacionalidad, aunque siempre se privilegiaron, como es natural, España, Iberoamérica y Francia. Intensa fue la relación con los Departamento de literatura hispanoamericana de numerosas universidades españolas, señaladamente con el de la Complutense, dirigido por Luis Sainz de

Medrano—verdadero iniciador del hispanoamericanismo español—, de Sevilla, Málaga, Alicante—gran centro hispanoamericanista fundado y dirigido por José Carlos Rovira—, y en Francia sobre todo con el Centre de Recherches Latinoaméricaines de la Universidad de Perpignan, dirigido por Daniel Meyran, especialista en el teatro mexicano. En Iberoamérica las relaciones se estrecharon, a través del C.N.R. y el programa “Archives”, con centros oficiales de investigación científica, de Argentina, Colombia, Venezuela, Brasil, México, Puerto Rico y Centroamérica, en especial de Guatemala, cuya literatura privilegia actualmente Dante Liano en la Universidad Católica de Milán, donde dirige también la revista *Centromericana*.

Son estos, someramente resumidos, los resultados y las perspectivas de los estudios hispanistas en Italia, en su proyección transatlántica.

Referencias

- Bellini, Giuseppe. “Literatura hispanoamericana”, en AA. VV., *El hispanismo italiano*, Franco Meregalli y Manuel Sito Alba eds., *Arbor*, 488-489, Madrid, 1986.
- Várvaro, Alberto. “Ispanismo e filologia romanza”, en AA. VV., *L’apporto italiano alla tradizione degli studi ispanici*, Roma, Instituto Cervantes, 1993, p. 34.